

to, de las que son portadoras de un modo absolutamente fuera de su responsabilidad.

Por todo lo dicho, el «Teatro furioso» de Nieva se nos aparece como una de las máximas creaciones de nuestro tiempo en la literatura del mundo occidental.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

LA CARROZA DE PLOMO CANDENTE

Ceremonia negra en un acto

Estrenada en el Teatro Fígaro, de Madrid, el 27 de abril de 1976.

PERSONAJES

LUIS III, heredero del trono
FRASQUITO, barbero sinvergüenza
EL PADRE CAMALEÓN, fraile inquisidor
LA GARRAFONA, nodriza de Luis III
SATURNO CHICO, torero rondeño
LILIANA, cabra infernal
LA VENUS CALIPIGIA, divinidad fresca y pagana
TOMÁS, niño desgraciado

Truenos, relámpagos, velas asustadizas, gatos muertos y el retrato parlante del rey Fernando VII.

Comienza.

Un trueno en plena oscuridad. Contrariando a la metódica naturaleza, se produce el relámpago poco después. Sobre una cama amplísima de alto dosel vemos, hecho un ovillo, al que pronto será LUIS III, rey mitad fabuloso y mitad madrileño. Es bobo, gracioso y asexuado. Pudiera ser representado por una muchacha regordeta. Las cortinas del lecho flamean con vuelo terrorífico. En el cielo deben estar naufragando todas las velas de la ciudad. Se abre una puerta chirriante y aparece FRASQUITO con un candelabro tembloroso en la mano. Es un pícaro capón, nalgudo y abotijado.

FRASQUITO.—¡Majestad! ¡Majestad! No se encuentra peor hora en todos los relojes. ¿Tenéis miedo, Majestad?

LUIS.—¿Eres tú, Frasquito? Creí que no venías. ¡Ay, qué susto me has dado! ¿Y a qué viene eso de llamarme Majestad? No bromees bajo los truenos, que dicen que con eso se caen las pestañas.

FRASQUITO.—En toda conciencia lo repito, Majestad. Vuestro padre terminará por morirse esta noche, ya es cosa segura.

LUIS.—Dios tenga piedad de su alma, la pobrecilla. Pero no me lo creo. No me creo nada de lo que me cuentes. Le he visto cenar muy bien, eructar tres veces y hasta reírse mucho por haberse pillado con la puerta la cola del camión. ¡Ay, Señor, qué noche! ¿Qué está sucediendo en Madrid?

FRASQUITO.—Una Babilonia de nubes que se hunde. El almanaque lo anunciaba y no se ha equivocado: la noche del 40 de mayo un rey muy famoso entregará su alma a Dios, mientras el fantasma de Babilonia reventará en los cielos. Morirán muchos gatos y se hundirán cientos de chimeneas.

LUIS.—¡Guasón! ¿Quién te ha visto entrar?

FRASQUITO.—Nadie. Estas llamas de las velas venían tan encogidas, que es como si hubiese venido a oscuras. El temperamento de los aires las tenía achantadas y sólo han cobrado algo de valor al entrar en el aposento. Una vela también se asusta en noches como éstas. Miradlo si no. *(Pone el candelabro sobre una mesa y hace un aspaviento delante de él.)* ¡Uuuu! ¡Malditas!

(El candelabro casi se apaga y la escena se oscurece.)

LUIS.—¡Calla! ¡Pues es verdad! Qué impresionables son las llamas. Les sucede lo que a mí. Me siento muy apagado. ¡Tengo miedo! Desde luego, algo espantoso debe suceder esta noche.

FRASQUITO.—Si no ha sucedido ya, Majestad. La muerte ha llegado con todos sus malos intestinos en oleaje y se ha llevado a vuestro padre. Sois rey. Sois Luis III por la gracia y buen detalle de Dios, que tiene esas atenciones.

LUIS.—Vete al cuerno, Frasquito; los calendarios también se equivocan.

FRASQUITO.—Los españoles siempre hemos creído en los calendarios. No hay que creer en los periódicos. Los calendarios no marran una. Cuando menos, dicen el Santo, cómo va de mordida la Luna, un buen consejo y, a veces, traen copla. Os digo que vuestro padre ha muerto en la oscuridad de la noche sin que nadie le eche una mano. Os deja muy huérfano, Majestad, en los brazos de una madrastra de nación que os va a pedir cuentas de todo. ¡Pobres de nosotros! Se acabó el jolgorio, se acabaron las juergas con violines y con pajaritos mecánicos, el jugar a las prendas, el bordar flores del paraíso y el saltar a la comba entre amigos de confianza. Os va a preguntar por qué no os sale cañón de bigote ni habéis preñado ya a la hija del rey de Europa.

(Un trueno tremendo, las luces se apagan.)

LUIS.—¡Cielos, qué susto! ¡Frasquito! ¡Frasquito! Llevas razón. Esto anuncia una catástrofe.

FRASQUITO.—¡Si cuando yo lo digo...! Y además nos hemos quedado a oscuras.

LUIS.—Ay, Frasquito, y ahora, ¿qué hacemos?

FRASQUITO.—Esperar que estas desgraciadas bujías vuelvan en sí. No os preocupéis, que el fuego lo llevan por dentro. ¿Lo véis? Ya empiezan a despuntar.

LUIS.—*(Santiguándose aterrorizado.)* Esto que sucede no es normal. Lleva razón el calendario.

FRASQUITO.—¿Y cómo, si no? Lo escribió un faraón rencoroso para divertirse a costa de España. Desde la época de los faraones nos tienen fila a nosotros porque se les secaba el Nilo antes que el Manzanares. El maldito faraón ya le ha hecho hincar el pico a vuestro padre y le están creciendo las uñas con el frío de la muerte. Trabadas las tiene en el embozo. Yo tiemblo de miedo. ¿Sería mucho pedir que Su Majestad me admitiese entre sus sábanas? Así podríamos meditar mejor en las medidas que se han de tomar de aquí a mañana.

LUIS.—Eres muy fresco, barbero, pero anda, quítate los zapatos y ven a mi lado. Dame un poco de calor, que estoy aterido. *(Frasquito se desprende de los zapatos y entra en la cama.)* ¿Qué tal te encuentras?

FRASQUITO.—(*Extrañado.*) ¡Caramba! ¿Qué hay aquí dentro?

LUIS.—Mi gata Dominga y sus tres crías. No puedo dormir sin ellos y ellos sin mí.

FRASQUITO.—¡La Monarquía ideal! Reinan sobre cuatro gatos.

LUIS.—¡Si sólo fuera eso! Pero la Dominga es fecundativa como ella sola.

FRASQUITO.—Es verdad. ¡Qué fácilmente se preña una gata! ¿Cuántos michos lleva ya repartidos por el mundo?

LUIS.—Los expulsa con la fuerza y la cantidad del granizo. Se le forman en el vientre verdaderas tempestades de gatos.

FRASQUITO.—¡Buen ejemplo para todos! Pues ándese Su Majestad con tiento, que de aquí a poco le van a tomar lista de cuantos esfuerzos haga por sembrar a la niña del rey de Europa. Ya está ese furioso y en antecedentes de la falta de habilidad para el ajuste que se demuestra en esta ala del palacio. ¡Vaya un suegro que tenéis! ¡Feroche!

LUIS.—¡Ay, qué atolladero! No me desates el lamento, Frasquito, que no sé cómo empezar. ¿Te acuerdas de mi noche de bodas? Tú estuviste muy gracioso relatando chascarrillos hasta caerte dormido, y nosotros la pasamos entonando canciones preciosas hasta el amanecer. Yo sabía una asturiana que Su Alteza me hizo repetir hasta quince veces. Y ya ves, ella se quedó tan complacida. La Princesa era entonces muy inocente, pero luego las malas lenguas le han ido dando cursos de malicia y me la han vuelto un basilisco. Estoy viendo que me la va a pegar. A mí no me importan los cuernos, sino cómo disimularlos. (*Pausa, el Príncipe se estremece y ríe turbio.*) Frasquito, no me hagas cosquillas. Estáte quieto, juguetón.

FRASQUITO.—Es que tiritó, Majestad.

LUIS.—¡Majestad! ¡Majestad! No sé muy bien a qué me suena esa palabra. No me parece de buen augurio. Frasquito, pájaro de mal huevo, si mañana soy rey, tengo el presentimiento de que tu compañía me va a ser muy tasada. Hasta la Dominga va a sufrir de estas novedades. Si todos se empeñan en

meterme a la europea en la cama, estoy fresco. (*Pone atención.*) ¿No oyes unos pasos?

FRASQUITO.—¡Lo que me temía! ¡Ya vienen todos! Y ahora, ¿qué hago?

LUIS.—Acurrúcate a mis pies y no te muevas. Y no me roces las piernas, que me entra risa nerviosa.

FRASQUITO.—¿Y no puede arrojarse a la Dominga? Me dan miedo sus arañas. Esa gata me tiene ojeriza.

LUIS.—Ya no hay tiempo. (*Nuevo estampido y fogonazo.*) ¡Pronto! ¡Que vienen! ¡Esto es el apocalipsis! (*Por la puerta entreabierta pasa medio cuerpo el Padre Camaleón con una vela en la mano y el capuchón sobre la cabeza.*) Santo Dios, perdona mis pecados, disimula tus acusaciones, no me anotes en tu pizarra, que ya tengo bastante con lo que de mí se escribe en las esquinas.

CAMALEÓN.—No se asuste Su Majestad, que soy yo, el padre Camaleón.

LUIS.—Todo el palacio está revuelto. ¿A qué viene esta visita? ¿Y por qué me llamas Majestad?

CAMALEÓN.—Porque lo sois.

LUIS.—¿Tú también?

CAMALEÓN.—Yo también, ¿qué? Señor, vuestro padre ha muerto siguiendo el buen ejemplo de sus antepasados. Ya reposa en la eterna comodidad de la Historia, ya es rey muerto en campo de gules.

LUIS.—(*Riendo muy nervioso.*) ¡Ay, cómo lo siento! ¡Ay qué duelo tan grande!

CAMALEÓN.—(*Dejando la vela y quitándose la capucha, ríe también.*) Es para troncharse de risa. Estoy que salto de gozo. ¡Dios nos ayuda!

LUIS.—(*Furioso.*) ¡Bandido! ¿De qué te ríes?

CAMALEÓN.—(*Con gran rapidez de reflejos en su arribismo cortesano.*) De mis malas intenciones, señor. Me río de quien se ría y la pena, que por otro lado tengo, me pone furioso contra mí mismo. Debemos desterrarme por desalmado e hipó-

crita, os lo aseguro. Pero hay que recomendarme por no ser mala persona y por respeto al cerquillo. Hagámosme volver en gracia de Su Majestad.

LUIS.—No digas más desatinos. ¡Ay, qué pena tan grande!

(Vuelve a reír.)

CAMALEÓN.—*(Riendo.)* Sois huérfano, señor. Huérfano de cuerpo entero. ¡Sois rey! ¡Lo que nos vamos a divertir en el entierro!

LUIS.—*(De nuevo furioso.)* No te divertirás nada porque te meteré en un desierto sin fronteras. ¡Habrás visto! ¿Cómo sabes que el rey ha muerto?

CAMALEÓN.—Eso está claro. El calendario...

LUIS.—¡Otra vez el calendario! ¿Y por qué no he tenido yo conocimiento de esos augurios?

CAMALEÓN.—Porque los calendarios sólo vuelven la hoja del día que anuncian la mala nueva.

LUIS.—¿Y quién se entera?

CAMALEÓN.—Quienes lo leen. Pero eso es ahora lo de menos. Majestad, hay que tomar disposiciones antes de que lo sepa todo el mundo.

LUIS.—¿Qué disposiciones?

CAMALEÓN.—Disposiciones de mano fuerte. El pueblo está descontento, desesperado. Quiere ver por encima del horizonte. Madrid ya no puede más, revienta por todas partes, se hunde o se levanta en promontorios sospechosos. Ayer mismo se ha abierto una brecha volcánica en pleno barrio de Lavapiés. En parte, creo que la falta de bríos de Su Majestad y el inocente vicio de saltar a la comba nos pueden hacer la pascua. Secesión tenemos y guerras carlistas en perspectiva.

LUIS.—¿Qué guerras son ésas...?

CAMALEÓN.—La que os puede hacer vuestro primo don Antonio, el que tiene hijos a diestro y siniestro. Un verdadero garañón.

LUIS.—*(Ríe.)* Serán entonces guerras antoninas.

CAMALEÓN.—No, no, carlistas. Todo Carlos bautizado va a la guerra sin remedio. Chico que nace en las provincias descontentas le echan el nombre de Carlos y lo declaran beligerante. Es un truco.

LUIS.—Eso no es serio. Los Carlos no abundan tanto. Se les pudiera mandar una partida de Pepes.

CAMALEÓN.—Todos los españoles son Carlos por dentro, señor. Unos buenos desalmados.

LUIS.—*(Riendo.)* ¡Pues estamos perdidos!

CAMALEÓN.—*(Riendo.)* ¡Se armará pronto la gorda y nos darán para el pelo! *(Serio.)* Pero hay otro truco que no falla contra esas maquinaciones del diablo.

LUIS.—¿Qué truco es ése?

CAMALEÓN.—Dios y siempre Dios. Si Su Majestad fortifica la Inquisición y se pone de parte de Dios, Dios se pondrá de parte de Su Majestad. No hay mejor alianza, Dios es potente. Es padre de tronos y truenos. ¡Bum...!

(En respuesta se escucha otro estampido y el fraile se tapa la cara con las manos.)

LUIS.—¿Cómo podemos hacer...? Me siento muy apocado.

CAMALEÓN.—¡Eh! ¿Qué sucede a los pies de esta cama? Parece que no estáis solo.

LUIS.—Son mi gata Dominga con sus tres crías y el barbero Frasquito, que ha venido a traerles una taza de leche.

CAMALEÓN.—¿De modo que ahí está el tuno? Me lo debí sospechar. ¡Habrá venido seguramente a hablar del calendario!, como si lo viera. Me ha tomado la delantera. *(Se escuchan maullidos y bufidos.)* ¡Ah, qué vergonzosa intimidación! ¡Si supieran los periodistas! *(El rey, nervioso, da una patada y se escucha el chafado lamento de un micho lleno de odio.)* Para una cama decente, esto es mucho zipizape. *(Se oyen golpes en la puerta.)* ¿Quién viene ahora? ¡Todo el mundo lo sabe ya! Estamos perdidos si no hay tiempo de deliberar. Mi presencia aquí no debe ser conocida.

LUIS.—¡Ah, todos sois mi castigo! *(Alto.)* ¿Quién llama? *(Pequeña pausa.)* Nadie contesta.

CAMALEÓN.—Será una sombra mareada y sacada de quicio. En noches como estas no hay leyes físicas.

(Vuelven a llamar.)

GARRAFONA.—*(Dentro.)* Soy yo, Cachuchín. No te asustes. Déjame entrar.

LUIS.—Es Garrafona, mi nodriza. ¿Qué hacemos?

CAMALEÓN.—Esa comadre tiene la lengua muy larga y partida en dos. Me odia. Pregunte Su Majestad qué quiere.

LUIS.—¡Garrafona, estas no son horas...! Y, además, tengo diarrea.

GARRAFONA.—Es asunto muy urgente, Pitúsín, y debo entrar antes que nadie lo sepa. No seas pudoroso, que bastante te he sobado el trasero cuando eras chico.

(Se escucha un trueno mucho más lejos.)

LUIS.—Entra en la cama, padre Camaleón, y arréglatelas ahí dentro hasta ver qué le trae a la Garrafona.

CAMALEÓN.—¡Yo, con ese pelabarbas! *(Lo duda.)* Está bien. Le diré lo que merece por entrometido. *(Levantando las sábanas y a punto de entrar.)* ¡Ah, qué sórdido revoltijo!

(Entra.)

LUIS.—Pasa, Garrafona, y sé breve, si no quieres que me enchurrete. Estoy pasando una noche atroz.

GARRAFONA.—*(Entra llevando a una cabra con ojos de fuego y ubres negras acampanadas. La acompaña el torero Saturno, bandido carnicero lleno de sucios madroños y con un estoque herrumbroso en la mano.)* ¡Pretextos! Bien te puedes contener y poner ahí tu real sello. Tenemos mucho que hablar.

SATURNO.—A la paz de Dios, Majestad.

LUIS.—¿Éstas tenemos? No me habías dicho que venías en compañía.

GARRAFONA.—Tampoco he dicho que viniera sola. Aquí vengo con Saturno, el torero preferido de Tu Majestad, y nos puede ser de provecho.

LUIS.—¿Y esa cabra?

GARRAFONA.—Es Liliana. ¿No la reconoces? Pues bien que has jugado con ella a los pies del trono. También ésta nos será muy útil. *(Observando los movibles relieves del lecho.)* ¿A quién tienes metido ahí, Cachucho? Conspiradores, sin duda. Eres un calzonazos y esto se tiene que terminar. ¡Vaya un jaleo! ¿Se pelean? Se escuchan gatos bufando.

LUIS.—No te importe, Garrafona. Son amigos. Nunca me habéis dejado tener secretos y un príncipe debe tenerlos. La patria es una entrometida y tú también lo eres.

GARRAFONA.—¡Menudos azotes mereces! Eres un inocente y se te cuelan los ambiciosos hasta en el vano de las uñas. ¡Pues esto se acabó! Aquí entra la Garrafona, dispuesta a hacer la limpieza. Saturno, estoquea ese bulto malo y no dejes ni uno. Para eso y para otras muchas cosas de provecho te he traído.

SATURNO.—A mandar, comadre gorda.

(Se dispone a matar.)

LUIS.—¡No, no, Saturno, no seas bruto!

SATURNO.—Las órdenes de la señora Garrafona son en bien del país y de Su Majestad. Aquí estoy para batirme y estoquear a quien se me ponga por delante. ¡Camuñas! ¡Socuéllamos!

GARRAFONA.—No pierdas tiempo en maldiciones. Enfilame a ese racimo de bandidos y pon tu pincho al servicio del rey. Yo arreglaré las cosas en esta casa grande de cien cuartos con lavabo. ¿A qué esperas...?

LUIS.—¡Saturno, bestia, no te cuadres, que me vas a pinchar en un muslo!

SATURNO.—¿Qué va! A mí no me falla ningún marrajo. A éstos se les acabó el carbón. *(Hinca el estoque hasta el mango.)* ¡Marmolejo! ¡Sin puntilla!

LUIS.—*(Riendo.)* ¡Ay, que me has hecho cosquillas, asesino!

GARRAFONA.—Se terminaron las cábalas. Aquí voy yo a poner orden en un dos por tres. Descubre los cadáveres, Saturno, hijo de Ronda, a ver cómo te han quedado.

LUIS.—¡Cielo santo! Ha debido hacer una carnicería.

CAMALEÓN.—(*Saliendo indignado de entre las sábanas.*) ¡Imbécil! Te has cargado a la Dominga y a sus tres crías. A ver si te crees que a mí me fallan los milagros como a ti los toros.

FRASQUITO.—(*Igualmente.*) Éste sólo es un matagatos y la comadre Garrafona se merece ir a galeras. ¿Quién te mete a redentora de monarquías, ballenaza?

GARRAFONA.—¡Vaya! ¡El fraile cogotudo y el sarasa multi-flor! ¿Conque eráis vosotros? ¡Haberlo advertido! ¿Qué hacen éstos aquí, Cachuchín?

LUIS.—Me estáis volviendo tarumba entre todos. ¿Estoy soñando? Esto es el fin del mundo.

FRASQUITO.—A esa tía pelleja le voy a arrancar el moño ahora mismo.

SATURNO.—Haya paz, señores. Un pinchazo puede ir mal, pero a cara descubierta yo prometo, amigos míos, que caen ustedes en redondo.

LUIS.—¡Detente, Saturno! ¡Te lo ordeno!

GARRAFONA.—(*A Saturno.*) La vida de estos escuerzos no vale un volapié. Otros creí que eran. Son inofensivos y están en nuestras manos. Utiliza sólo el pincho para no dejarles escapar.

CAMALEÓN.—Eres una asesina, Garrafona, y tenemos que ajustar cuentas tú y yo. ¡A la hoguera con las nodrizas!

LUIS.—Se va a despertar todo el mundo y me van a sacar en hombros. ¡Largo de aquí, pesadillas!

GARRAFONA.—Cachuchín, no puedes conmigo. Sabes que todo lo hago por tu bien. Estos atontados pueden quedarse, que de algo nos servirán. No te valdrán tus protestas, rey mío. Ya es hora de hacer cuanto se debe, porque es momento muy crítico. Nadie oirá nada, por mucho que se grite. He hecho caer sobre palacio una nube de sueño taponador y los he dejado a todos sumidos en el Limbo hasta que a mí me dé la gana.

LUIS.—¿Hasta que a ti te dé la gana? ¿Eres bruja, Garrafona?

(*Garrafona se afirma desafiante, levanta los brazos y vemos aparecer al extremo de sus dedos unas largas uñas engarfiadas y humeantes.*)

GARRAFONA.—A mis quince años bonitos ya me llamaban hechicera. Ésa es la fuerza del piropo en esta maldita tierra. Ahora a los sesenta soy bruja rebruja. Tú nada te sospechabas, ¿no es eso? Pues ya lo sabes. Leche de brujas has mamado y tú también estás embrujado hasta la médula de los huesos. Liliana, la cabra, que aún es más bruja que yo, lo puede testificar.

(*Apunta en el aire con su dedo índice, hace un silbido que va en aumento mientras ella traza una amplia parábola y, al señalar a la cabra, se escucha un trueno y a ésta se le encienden los ojos con un parpadeo infernal. Todos, menos Saturno, quedan sobrecogidos.*)

CAMALEÓN.—¡Arrédrote, Satanás!

GARRAFONA.—¡Calla, ratón de letrina! Tú también estás embrujado. Nada puedes con tus conjuros. Aquí me tienes a tu alcance. Echame todas las cruces que quieras y pónme de vuelta y media con tus rezos de trompetilla, que nada conseguirás. Anda, atrévete, a ver si tienes redaños.

CAMALEÓN.—¿Te rebelas, Lucifera? Pues te lo diré en latín: ¡Desaparece, hija de puta!

GARRAFONA.—Para que veas. Se te ha olvidado hasta el latín.

LUIS.—(*Casi llorando, amedrentado.*) ¡Ay de mí! ¡Embrujado! Así me siento yo del revés en cualquier cosa que hago. Y todo ello por no cuidar de la leche que entra en palacio.

FRASQUITO.—¡Bah! No hay por qué tomarlo tan a pecho, Majestad. Yo no tengo inconveniente en ser brujo. Los barberos siempre lo hemos sido un poco. ¡Y no digamos los peluqueros! Cuanto más tinte se le echa a una persona en el pelo más embrujada queda. Oigamos a la Garrafona, padre Camaleón. Quién sabe los beneficios que eso nos traiga. (*Observando agachado a Liliana.*) ¿De modo que esta despitorrada también es bruja? ¡Cómo le lucen los ojos!

GARRAFONA.—Es bruja y brujo. La Liliana es cabra y cabrón, todo en uno. Son misterios del misterio y no hay que preguntar más. Ahora lo principal es ponerse de acuerdo.

CAMALEÓN.—Yo no quiero acuerdos contigo, maletona.

GARRAFONA.—Pues apañado estás. Como no te reconcilies con nosotros te quedarás sin la inquisitoria general, que es lo que tú vas buscando. ¡Si lo sabré yo! ¡Pero consuélate, ese anhelado ascenso te lo promete la Garrafona!

LUIS.—Basta de discusiones, pesadillas. A cuanto veo, todos habéis venido con la misma intención. ¿Y cuál es si se puede saber?

GARRAFONA.—Así me gusta. Hazle caso a la Garrafona, rey mío; ella sabe lo que se trae entre manos.

CAMALEÓN.—Es una loca nodriza, con la teta envenenada.

LUIS.—¡Basta ya! Que hable uno solo.

CAMALEÓN.—No escuchéis a esta bruja capitularia, señor.

GARRAFONA.—Saturno, sácale una tajada de las narices a ese fraile, a ver si se calla de una vez. Me hará caso y se chinchará. Por su bien y por el nuestro traigo dispuesto un ceremonial negro que nos va a sacar de apuros, junto con el porvenir del reino. Y ese rico porvenir está en la descendencia de la rama legítima. ¿Te has enterado, Cachuchín, de todo ese lío de Carlos escondidos en las montañas? Son más numerosos que conejos y no hay modo de cazarlos con trampa, tiro, ni hurón. Es la guerra civil. Y eso porque a mi niño sólo le da por cantar canciones asturianas a esa princesa europea. Pero nada la puede dejar preñada si no es algo de picoteo, con lo que a mi rey no se les despabila ni a tres tirones. Aún no te has sentado en el trono, Cachuchín, y puede que nunca te sientes. No te quieren como rey; por tanto, saltar a la comba y hacer flores de papel. Esta misma noche tienes que amasar un príncipe y sacarlo mañana al balcón como una torta bien hecha.

LUIS.—¡Jesús, que prisas! Esta mujer me avasalla.

GARRAFONA.—Tiene que salir peinado y con una buena talla para que lo vean los cronistas, que son tan bajos.

LUIS.—¡Y qué puedo hacer yo, si las mujeres me dan bascas! Me huelen a cuna y a trapo mojado. Luego se ponen que arden y lloran apechugando, pidiendo de lo que no hay. ¡Soy un cuitado!

CAMALEÓN.—En eso tiene razón la bruja. Hay que hacer algo porque le hierva la carne a Su Majestad. Un angelote se cuece en menos de media hora.

FRASQUITO.—¡Pero si eso no es posible! Por mucho que cave en firme Su Majestad, de la noche a la mañana no se cuaja un nuevo monarca.

GARRAFONA.—Deja eso de mi mano, que es política de brujería. Pero también Cachuchín debe poner algo de su parte. De aquí tiene que salir con más bríos que un toro con alas. Para un curso de fornicio me he traído a esos dos compañeros. (*Señalando a Saturno y Liliana.*) No nos faltarán ensalmos para que todo ese asco se le convierta en delicia. ¡Empecemos! Esa tormenta se va. No hay sino hacerla volver. (*Alocada y triunfante.*) Suenen en este aposento los vientos más contradictorios, lloren de placer los gatos, uñetados unos en otros, maldiciéndose al oído; que resucite la carne deseosa de pescado...

(*Los gatos resucitados saltan en diferentes partes del lecho bajo la ropa, maúllan con un arrobo miserable.*)

LUIS.—¡Socorro! ¡Que se me van a la ingle! ¡Que me comen mis adobos!

(*Queda en pie contra el respaldo de la cama.*)

GARRAFONA.—Acostúmbrate a estos juegos, Cachuchín, y no tengas sangre de mico. No seas tan apocado. El sobrante de entrepiernas hay que jugárselo al peligro, como hacen todos los hombres. Ahora verás el ejemplo. ¡Que empiece la ceremonia! Siéntate en esas almohadas y haz tu trono de la cama, que se te va a convertir en una carroza de plomo candente. La carne no te dejará vivir hasta que engendres una espuerta de primogénitos. Tirada por el crecimiento de tu deseo, la carroza irá a buscar a esa europea despechada y se nos va a despertar en plena retortija del parto. Menuda sorpresa se va a llevar.

FRASQUITO.—Pues nos vamos a divertir. ¿Para qué sirve un barbero?

GARRAFONA.—De partero, imbécil. (*Riendo de una forma espantosa.*) ¡Que los gatos serafines nos levanten esas sábanas y hagan ondear con ellas las banderas de la lujuria!

(Entre maullidos horrisonos, las sábanas se levantan y se pierden en lo alto. Todos los presentes están aterrorizados. La Garrafona manda en los prodigios como un capitán atareado.)

LUIS.—¡Ay, qué susto! ¡Con estas cosas que haces, Garrafona, me dejas mucho más tibio!

GARRAFONA.—Espera un poco, Cachucho. Pronto te divertirás.

CAMALEÓN.—Estoy helado. Vamos a ver qué espectáculo nos prepara esta Satanasa.

SATURNO.—La Garrafona lo puede todo. Y por lo que a mí me toca, bien sabe ella que no la voy a dejar en mal lugar.

LUIS.—Declara ya tu intención y no me hagas temblar. ¿Para qué traes a Saturno y a esta maldita cabra?

CAMALEÓN.—Eso es. Despacha pronto. Estamos todos en vilo.

GARRAFONA.—¿Queréis saberlo? Pues bien: ¿Veis a esta loca de Liliana? En ella se reviste el misterio áspero de la naturaleza. Ésta es la esposa más sucia que podemos encontrar. Y también la más divina, ¿verdad, Liliana? Por otra parte, este pobre de Saturno, que es tan bestia, sabe de animalidades como nadie. Es, también, casi divino por ser un analfabeto sin mancha de hipocresía. Es como un fauno de los antiguos tiempos groseros y ha tenido devaneos con todas las vacas de la ganadería. Por eso mata con tan buen tino. Cita a sus propios hijos con esa voz de cencerro y se le entregan tan sumisos como si fuese el padre Abraham. Partamos de estos principios y veréis maravillas. Padre Camaleón, ¿estás dispuesto a casar a Saturno con la Liliana? Mira bien que si te niegas vas a salir perdiendo mucho más.

CAMALEÓN.—¡Esto es una abominación! ¡Un escándalo inaudito! Pero, ¿qué se le va a hacer, si es por razón de estado! Aunque no creas, Garrafona, que no voy a exigir mi precio. Si tantos prodigios prometes, yo quiero que, por lo pronto, me asegures una pensión de chocolate y almendras para el resto de mis días. Y esto sólo es empezar a pedir.

GARRAFONA.—Trato hecho. La cómoda de cuarterones de tu aposento te va a salir garrapiñada. No terminarás de co-

mértela nunca. El reverendo Demonio te lo promete por intermedio mío. ¡Adelante! Frasquito, tú serás la madrina de este casamiento. Componte una mantilla con lo que encuentres. Anda, hijo, que ya sabemos cuánto te gusta lucir las sayas de tu madre en Carnaval.

LUIS.—*(Palmoteando.)* Ay, qué chusca eres, Garrafona. Ya me estás quitando el miedo.

GARRAFONA.—*(Como maestro de ceremonias.)* ¡Cortejo! *(El barbero ha tomado un mantelillo y una taza y se los ha puesto en la cabeza. Una bandeja le sirve de abanico.)* ¡Música! *(Coloca sus largas uñas en sucesión, como si formasen una flauta, sopla en ella y produce dos arpegios.)* ¡Acompañadme, fuelles del aire! La solemnidad, comienza. ¡Vivan los novios!

(La flauta suena como la antigua de Pan y de los afiladores de pueblo. Encaramado en sus almohadas, sigue el rey palmoteando. En un extremo, el Padre Camaleón se prepara muy serio para cumplir su cometido. Da al cortejo una vuelta. Garrafona va delante, llevando a la cabra de la cuerda. El barbero entrega el brazo a Saturno y se abanica con la bandeja, contoneándose. Una música solemne acompaña los arpegios de la nodriza. Las figuras quedan recortadas por la luz en el espacio con toda su delirante realidad. El cortejo se detiene ante el Padre Camaleón.)

CAMALEÓN.—¡Adelante, hijos míos!

(Bisbisea leyendo en un breviario.)

LUIS.—Esto es un casorio en toda regla. ¡Lo arrogante que va el novio y qué sencilla la novia! Puede ser que estos asuntos así llevados, a la pata la llana, sean más estimulantes. ¡Eh, Frasquito! te veo muy gallardilla.

FRASQUITO.—A mí todas las fiestas me hacen mucho estrago y me pongo desatada.

(Ahora Liliana y Saturno se emparejan ante el fraile.)

CAMALEÓN.—Saturno, torero rondeño, ¿prometes ser fiel esposo de Liliana, la cabra? Di si quieres o no.

SATURNO.—¡Sí quiero, puñeta!

CAMALEÓN.—Liliana, la cabra, ¿otorgas tu pata a este torero cachondo?

GARRAFONA.—Esta insensata lo promete todo y dice que sí contentísima.

CAMALEÓN.—No ha dicho nada.

GARRAFONA.—¡Calla esa lengua fregona! Lo dice para sus barbas y no tiene más que añadir.

CAMALEÓN.—(*Los bendice.*) ¡Pues ya está! Tómala de la cuerda, Saturno, que ya es tuya de por vida. (*Alzando los ojos al cielo.*) Señor, ten piedad de mí, perdona mi desbarajuste.

FRASQUITO.—¡Alegría! ¿Ahora hay festejo? Haz llover un poco de naranjada, Garrafona.

GARRAFONA.—Unos cuantos sopapos si no te callas. Ahora viene lo mejor. ¿Estás preparado, Saturno?

SATURNO.—¡Alcorcón! ¡Que si lo estoy...!

LUIS.—¡Lo bien que escancia este hombre las palabras malsonantes! Le salen como amapolas.

GARRAFONA.—¡A ver si cuidas esa lenguaza delante del rey!

FRASQUITO.—¡Porque nunca fue a la escuela! El primer día que yo dije Logroño me pegaron en los nudillos.

GARRAFONA.—(*Conduciendo la cabra a un extremo de la escena y poniéndola de espaldas.*) Quédate aquí quieta, Liliana y espera sumisa como una buena mujer. ¡Silencio! Mirad, ya se espesan las sombras del bodorrio en honor de la esposa sucia... (*En efecto, comienza a hacerse el oscuro aunque Liliana aparece iluminada.*) Y se eleva un altar de inmundicia desde el que debe de reinar. (*Poco a poco la cabra se va levantando como posada en un pedestal de regular altura. Ríe la Garrafona con malicia diabólica.*) Yo te conduciré al tálamo, Saturno. Toma esta vela para hacerte paso por el túnel seboso. (*Ha arrancado una vela encendida del candelabro y se la ha entregado al torero. Le va conduciendo. En el cielo maúllan los gatos serafines entre las embestidas del viento.*) Ven conmigo. Camina despacio, cuenta los pasos y no pares hasta el fondo en el que te vas a derretir.

SATURNO.—¡Ay, cómo me enciendo, Cañate! ¡Guarromán! ¡Cozar! ¡Carratraca!

CAMALEÓN.—¡Oh, qué escándalo! ¡Desgraciado! ¡Esto es un mar de blasfemias. Señor, perdónale, que no sabe lo que dice!

FRASQUITO.—(*Abanicándose deprisa.*) Estos momentos suspensivos siempre excitan a la madrina.

LUIS.—Con poco motivo, a mi parecer. Dime, Saturno, ¿qué pasa por tu cuerpo al dar ese paseillo?

FRASQUITO.—Pues se sentirá Mahoma, sediento de paraísos negros como el carbón. (*Abanicándose.*) Tiene mucha golosina todo lo perjudicial.

GARRAFONA.—(*Que ha llegado con Saturno a la vera de Liliana:*) ¡Qué preguntas! Todo él está agarrotado. Mira, mira, Majestad, qué ojos pone tan duros. Sólo le interesa mirar en estos misterios primitivos. (*Ávido y feroz, Saturno investiga con la vela el cuadril de la cabra. Con un tiento regalón hace pendular las enormes ubres y se oyen unos cencerros.*) ¿Escuchas? Ahora está haciendo sonar las campanas del himeneo. ¡Adelante, valiente! Tómala por esposa después de esos tocamientos.

LUIS.—Estoy deseando ver en qué para todo esto.

(*Saturno hincando sus ojos, ha ido acercando cada vez más la llama al ano de la cabra, por la que ahora se escapan las chispas de una bengala. Al final estalla una traca, se produce una espesa humareda y la cabra desaparece. En su lugar se muestra Venus Calipigia, Saturno abre la boca embobado. Todos menos Garrafona están sorprendidos.*)

CALIPIGIA.—¡Salve!

FRASQUITO.—In nómine patri. (*Se santigua.*) Ésta parece una soberana de tapiz. Estos descotes nunca se han permitido en España.

LUIS.—No sé por qué, pero me parece una modista francesa.

SATURNO.—¡Redueña, qué pastilla de jabón!

CAMALEÓN.—¿Quién eres tú, moza fresca?

CALIPIGIA.—Soy Venus Calipigia, frailazo, la de las nalgas de raso fino. Pareces poco erudito en divinidades antiguas. ¡Claro! Qué más se puede esperar de un fraile del Tomelloso.

SATURNO.—Estoy que bramo. Apartarse todo el mundo. ¡Dejadme solo con ella!

GARRAFONA.—Contén esos arrebatos, garañón, ¡No la toques! *(Al rey.)* ¿Lo estás viendo, Cachuchín? Mira esta flor de capricho, salida toda entera de la inmundicia. Aquí te la ha citado Saturno para que tú la huelas de los pies a la cabeza.

SATURNO.—¡Traición! La inmundicia es mía. Esto no lo consenten mis riñones. Ni el mismo rey me detiene. ¡Cienpuzuelos! ¡Horcajo! ¡Maranchón!

CALIPIGIA.—¡Oh, contenedle! ¡Me da miedo ese hombre negro! ¡Ay, qué viruela tan venenosa tiene repartida por la cara!

GARRAFONA.—*(Furiosa a Saturno:)* Maldice y suelta todos los tacos que te vengan al gañote, pero, por lo pronto, no te subes a la Calipigia. ¡Sujetadle, papanatas, que se nos va! *(Camaleón y Frasquito le agarran a duras penas.)* Sois unos brutos, que no sabéis cómo se le echa leña al fuego de la lujuria. ¿Para qué guardas tus cadenas, inquisidor? *(Camaleón se desciñe unas cadenas que llevaba enrolladas al hábito haciendo las veces de cinturón.)* Échale hierro a este cuello.

FRASQUITO.—¡Que nos muerde!

CALIPIGIA.—¡Amarradle bien! Se me vendrá encima y me rasgará toda en canal!

GARRAFONA.—Está loco de amor. ¡No lo soltéis! *(Ahora el fraile y el barbero le tienen bien amarrado y él se debate queriendo alcanzar a la Calipigia casi ahorcado y con la lengua fuera.)* Saturno, comecailos, zopenco, mira ahora cuanto quieras y aún verás más. El deseo te tiene que crecer como el United State Building. *(A la Calipigia.)* Y tú, pastorona, no temas ya y vuélvete de espaldas. Comienza la función para la que te he contratado. *(Al rey.)* no pierdas ripio, Cachuchín. *(La Calipigia se vuelve y se prepara para levantarse la túnica del mismo modo que aparece en su antigua estatua. La Garrafona avanza hacia el público y hace un gesto ampuloso, como instando a unos músicos invisibles.)* ¡Obertura!

(Comienza la obertura del «Rapto en el serrallo», de Mozart. La luz, como ocurrió con Liliana, se concentra sobre el dorso de la Calipigia, la cual inicia el levantamiento de su túnica.)

SATURNO.—¡Mazarrón! ¡Maldita sea! ¡Cózar! ¡Béjar! ¡Cogolludo!

LUIS.—Le hierva la sangre a ese animal. Garrafona, yo vuelvo a tener miedo. ¿Por dónde intenta descotarse ahora esa mujer?

GARRAFONA.—Por donde todas las flores se marchitan atontado. *(Comienza a perderse la música.)* Atención, señores, que se alza la túnica.

SATURNO.—*(A punto de ahorcarse de una vez.)* ¡Brrr...!

(Lentamente, Calipigia ha ido alzando la túnica y ahora muestra las tranquilas nalgas sonrosadas. La luz se concentra aún más.)

CAMALEÓN.—¡Déjame ciego, San Antonio! ¡Ay, qué mina de belleza, qué caricia de los sentidos! Yo me mareo. ¡Arreñégote, Satanás!

GARRAFONA.—No derroches tantos arredros, lechuzo, que no te van a hacer provecho.

FRASQUITO.—¡Qué buena piel! ¡Lo finas que son algunas por dentro!

GARRAFONA.—¿No dices nada, Cachuchín? ¿No te entran ganas de robar algo en este escaparate?

LUIS.—No tengo apetito.

GARRAFONA.—¡Tarugo insensible! El apetito se levanta comiendo. ¿No te dicen nada estas chichotas?

SATURNO.—¡Brrr...!

GARRAFONA.—Pues a éste le están saliendo unos colmillos que se le clavan en el mismo paladar. *(En efecto, Saturno aparece con el labio levantado por un par de colmillos enormes.)* ¡Eh, vosotros, acercarle sin darle suelta y que cuente lo que ve al trasluz en este globo sin mancha. Escúchale y toma ejemplo. Y tú, Saturno, relata todo fielmente o no te soltamos. Vamos a regalarnos el oído. *(Al rey.)* Como esto no te mueva, sólo eres un rey de piedra.

CALIPIGIA.—*(Temblando.)* ¡Sujetadle! ¡Sujetadle! ¡Que me come!

GARRAFONA.—Calla, majadera. Tú pon luz en esas nalgas y ameniza bien el espectáculo.

(En las nalgas de la Calipigia se proyectan nubes que pasan, flores en eclosión, repollos de caleidoscopio y otras tantas amenidades.)

SATURNO.—¡Churriana! ¡Calasparra! ¡Me cisco en la Indias occidentales...!

GARRAFONA.—¡Dirás de una vez lo que ves!

SATURNO.—Veo..., veo..., veo... Una compañía de abejas picando todas en el mismo punto. ¡Ay, qué picor, qué picor!...

LUIS.—Qué extrañas alucinaciones.

GARRAFONA.—Sigue, sigue. ¿Qué más ves?

SATURNO.—Veo el mar por primera vez. Lo veo entero. Todo por fuera y por dentro, y la luna bañándose en él, y a todas las ostras con la boca abierta...

CAMALEÓN.—Lleva razón. Eso mismo debe ver, porque hasta aquí llega el perfume de la sal y del viento.

(La escena comienza a revestirse de una magia sensual. Las cortinas del lecho ondean como un humo lento. Una suave música se vuelve a iniciar.)

FRASQUITO.—¡Lo veis! Ya lo está comprobando Su Majestad, todo eso se ve montando a la Calipigia... ¡No está mal! Sigue, Saturno, y dinos qué más divisas.

SATURNO.—¡No, no! ¡Me quiero bañar, me quiero bañar antes de quedarme ciego por el resplandor!

GARRAFONA.—No te bañes todavía, que aún no estás suficientemente quemado.

SATURNO.—Pues me quiero bañar. ¡Cabuérniga! Todo el mundo se baña. Todos los hombres entran en el mar: Colón, los hermanos Pinzones, una porrada de andaluces...

CAMALEÓN.—Supongo que, también, algunos extremeños.

SATURNO.—¡Todos menos yo!

GARRAFONA.—¡Sujetadle, que se tira de cabeza!

FRASQUITO.—¡Caramba! ¡Yo también comienzo a ver! ¡Otro regalo de la divina Inmundicia! Venga a mirar Su Majestad. ¡Esto es cosa buena!

GARRAFONA.—¡No te distraigas, arrastrado, y tira con fuerza, que se nos va de las manos!

FRASQUITO.—Yo veo un tiburón sin dientes, color de rosa, masticando pañuelos de encaje, almohadones de terciopelo y angelitos marinos, gordos como cochinitos.

GARRAFONA.—Cada uno ve la feria como le puede ir en ella.

CAMALEÓN.—¡Es cierto! ¡Vaya una kermés! ¡Venga pronto Su Majestad, que no lo podemos regir! ¡Venga a mirar esta linterna mágica, este retablo en movimiento...!

GARRAFONA.—¡No os distraigáis vosotros, que nos arrastra!

SATURNO.—¡Me mareo, me ahogo sin probar el agua salada! ¡Socorro!

GARRAFONA.—¡Tirad fuerte! ¡No dejéis que se nos vaya a pique antes de tiempo!

SATURNO.—Sí me voy, me voy de mí, me voy por todo el cuerpo. Dejad, dejad que se bañe un torero, Riaño. ¡Ay, vida mía! ¡Dulce Quesada! ¡Rica Cepeda! ¡Agreda! ¡Novelda! ¡Sedella! ¡Zalamea! ¡Balmaseda de mi alma!

GARRAFONA.—Anda, hijo, que ya te deshaces. ¿Ahora te has vuelto zalamero y piropeador? ¿Quién pensó que este animal supiese cosas tan suaves?

CALIPIGIA.—¿De veras, Saturno?, ¿todo eso tengo yo en el trasluz de mi cuerpo?

SATURNO.—¡Brrr...!

GARRAFONA.—¡Vuélvete, burra, y que suba la marea! ¡Cachuchín, mira este ejemplo y aprende a navegar con ella! No la temas, que es un sueño.

SATURNO.—¡Ese sueño es para mí!

GARRAFONA.—Ese sueño es para el rey. Un sueño de espuma de mar. Mi rey, corre tras él...

FRASQUITO.—¡Ay, qué brisa se ha levantado! ¡Vuelan los peces de colores!

CAMALEÓN.—¡Yo tampoco puedo más! ¡Yo desfallezco! Señor, báñese en el mar. ¡Ay, qué rica sopa de delfines!

FRASQUITO.—¡Un ciclón suave de espejos! ¡Estoy haciendo gargarismos! ¡Se me está inundando el estómago!

CAMALEÓN.—¡Todo se levanta y vuela!

GARRAFONA.—¡Se ha desatado la primavera, Cachuchín! ¡Yo misma me siento atiborrada de laurel! ¡Ah, qué emoción!

CAMALEÓN.—¡Alabado sea Dios! ¡Alabado, alabado!...

(A medida que las exclamaciones se han ido exaltando, el rey se ha alzado curioso sobre la cama, lentamente, Calipigia parece huir con la túnica flotante y levantada. Pasan los huracanes de luz y suaves colores. Saturno y los que le sujetan navegan danzantes en la persecución. La música se ha transformado en un marino vals deslizante y triunfal. Pero todo viene a interrumpirlo, tras unos oscuros guiños, un trueno enorme que deja la escena sumida en una noche sin rendijas. Como fondo sonoro permanece un suspenso redoble muy apagado y lejano.)

GARRAFONA.—*(En la oscuridad:)* ¡Maldición! ¿Qué sucede ahora? Esto no entraba en el programa.

FRASQUITO.—¿Te ha fallado el embrujo, Garrafona?

CAMALEÓN.—Me lo estaba temiendo. No hay que fiarse de esta comadre. Habremos provocado un corto-circuito a fuerza de incrementar el deseo de Su Majestad. Esa es la maldición de la carne. ¡Ay, que se me escapa Saturno!

FRASQUITO.—¡También se ha zafado de mí! Debe estar hecho una fiera.

GARRAFONA.—¡Estúpidos! Todo se ha perdido. ¿Dónde estás, Calipigia? Contesta, sinvergüenza, panderona... Esa tonta se ha dejado cubrir por las sombras sin decir esta boca es mía.

(Aparece en el espacio negro el retrato del rey Fernando VII pintado por Goya.)

RETRATO.—*(Con voz resonante.)* Aquí vamos a salir todos preñados menos la reina.

(El retrato desaparece y torna la oscuridad completa.)

GARRAFONA.—¿Quién ha hablado? ¿Quién ha dicho eso? Rey Luis, Cachuchín, ¿Qué ha sido de ti? Tantead sobre la cama.

(Comienza a despuntar la luz en los candelabros con un ascendente parpadeo.)

FRASQUITO.—Ya no es necesario, la luz vuelve. Veamos qué ha sucedido.

(Al lugar de la Calipigia ha regresado Liliana y ha bajado el pedestal. A horcajadas sobre la cabra está el rey Luis. De rodillas, y abrazado a las patas traseras del animal se encuentra Saturno, que al regresar la luz se levanta sorprendido.)

SATURNO.—¡Maldita sea!... ¿Dónde ha ido a parar la moza?

GARRAFONA.—Nada ha salido a derechas. ¡Ha vuelto la esposa sucia! La Calipigia se nos ha evaporado. *(El Rey Luis gime.)* ¿Por qué lloras, Cachuchín?

LUIS.—Me siento muy malparado, Garrafona. Tengo como una pena muy grande repartida por todo el cuerpo.

GARRAFONA.—¡Ay, qué mal augurio es ése! Vamos a ver... *(Pónese delante del rey y le mira en un ojo, levantando el párpado.)* ¡Maldición! ¡Estamos perdidos! Aquí han ocurrido cosas tan enrevesadas, que harán enrojecer la barba de todos los historiadores. Esta vergüenza tan grande la van a cantar en corro las niñas del año tres mil. ¡Ay, que confusión! *(A Saturno, colérica.)* ¡Animal! ¡Tú eres una fuerza ciega que no respeta rey ni Roque!

CAMALEÓN.—Eres una bruja de mierda. Ya tienes todos los cargos para llevarte a quemar rebozada en miel y alpiste.

FRASQUITO.—Nos llevarán a quemar a todos. ¿Lo estás viendo, Garrafona, por dónde te ha salido el embrujo? Todo queda ahora al revés.

SATURNO.—¡Chinchón! Yo hice lo que me estaba mandado.

GARRAFONA.—Ahora ese embrujo anda suelto y sin guía. ¿Qué va a ser de nosotros? Son ciencias locas y desatadas...

LUIS.—*(Paseando, con grandes muestras de inquietud.)* ¡Ay, no me asustes, Garrafona maldita! ¿Qué puede pasarme? ¡Po-

bre de mí en manos de este pueblo de demonios! ¡Un remedio! ¿No hay remedio? Camaleón, haz algo, reza alguna salve de las tuyas y ponle todos los amenes que puedas, dame el consuelo de la Iglesia que siempre calma.

CAMALEÓN.—No me harán caso en las alturas. Ahora estoy condenado yo también. Se ha burlado de nosotros, nos ha mecido en hamaca esta melonanta.

FRASQUITO.—¡Buenas están las alturas! La Garrafona las ha revuelto todas. Miradla ahí, haciéndose cruces. ¿Qué va a pasar ahora, indina, si se puede saber?

GARRAFONA.—Son desgracias de la historia. Quizá sea la oposición que contrataca con el pensamiento.

LUIS.—(*Esperanzado.*) ¡Si sólo es con el pensamiento...!

GARRAFONA.—(*Llorando.*) Hay que cerrar las puertas a piedra y lodo y esperar que el mal prodigio se cumpla.

LUIS.—¿Un mal prodigio? ¿Y se ha de cumplir en mí? Suelta la lengua, Garrafona, mala mujer. Dime lo que estás pensando, quiero saberlo.

CAMALEÓN.—No se atreve, la maldita. Le está entrando vergüenza de bruja. A ésa hay que llevarla en sportillo hasta el Santo Tribunal y mondarla con tijeras.

GARRAFONA.—(*Apurada.*) Son las ciencias desatadas... Prodigios de antes del mundo... (*Decidida.*) Serás tu propia reina, mi rey..., con la mala ayuda de Saturno. ¡Ay, qué pena! Antes de que cante el gallo, si no se ha quedado mudo, tú mismo, pondrás en pie a un heredero.

LUIS.—¿Yo?... (*Se queda pensativo y luego dice con calma*) ¡Huy, qué cosas!

(*Todos quedan sorprendidos y en silencio.*)

CAMALEÓN.—¿Y a esto qué dices, Saturno?

SATURNO.—Pues yo digo, ¡viva el rey!

GARRAFONA.—¡Ah, qué vergüenza? Cachuchín, la culpa es tuya. Por salvar la monarquía hemos probado con todo. ¿No hubieras podido antes hacer un esfuerzo, siguiendo los buenos consejos de la Garrafona? ¡Pero, no, señor! Desperdicia-

bas el tiempo con barberos y gatos en la cama, jugabas a pincharte los dedos metiéndolos en las cajas de música, y saltabas a la comba pidiendo tocino y más tocino. Así no se gobierna España.

FRASQUITO.—Oye, tú, no te metas con los barberos que te voy a encender el pelo. Todo eso son juegos inocentes, cosquillas y tracamundeos.

GARRAFONA.—¿Qué son los tracamundeos? Un rey no debiera andar con tracamundeos.

SATURNO.—¡Alto allá, comadre gorda! Contra mi rey no te levantes. (*El rey Luis se ha sentado en la cama muy compungido. Saturno se le acerca solícito.*) ¿Cómo se siente Tu Majestad? Me lo estáis agallinando.

LUIS.—Entre todos, me tenéis mareado.

GARRAFONA.—Ya se siente con mareos. ¡Dios nos asista!

CAMALEÓN.—¡Calla, vieja cobertiza! ¿No has de encontrar un remedio para este cataclismo? Se me ha olvidado el latín y, si no hay mejor salida, habrá que quemar al rey para que todo entre en orden. A esta deshonra tan vulgar habrá que echarle un poco de mirto, por el qué dirán...

LUIS.—¡Quemarme a mí! ¡Defiéndeme, Saturno! ¡Ese inquisidor no vale!

(*Sube sobre la cama.*)

SATURNO.—(*Acudiendo al lado del rey.*) ¡Ahora mismo le dejo para el arrastre! ¿Dónde está el pincho?

(*Toma el sable.*)

CAMALEÓN.—¡A mí no me toreas tú!

GARRAFONA.—¡Haya paz, hermanos diablos! Camaleón, dale a Belcebú las gracias por llevar ese hábito rastrero, pues sabe que desde hace un buen rato te lleva ocultando el rabo.

CAMALEÓN.—(*Retrocede espantado y grita.*) ¡Ay, qué bochorno!

GARRAFONA.—¿Lo ves? Ya te lo has pisado.

CAMALEÓN.—(*Cayendo de rodillas.*) Yo sólo quería remediar el desastre que supone para la rama legítima. ¡Ese torero de Ronda...!, un tapachinches cualquiera... Si, al menos, hubiese sido el duque de Béjar.

FRASQUITO.—¿Y por qué no el príncipe de Gales, que nos visitó hace dos meses?

SATURNO.—¡Badajoz! ¿No puede el pueblo español engendrar en la monarquía?

LUIS.—(*Paseando y girando sobre la cama.*) ¡Ay, qué va a ser de mí! ¿A quién me encomiendo ahora? ¡Socorro! ¿No hay clemencia para el rey? Saturno, mátales a todos, pícales el rabo condenado.

(*Llora y patalea.*)

CAMALEÓN.—¡Gimotero! ¡Tapadle esa boca, que si ahora se despiertan, nos van a sorprender metidos en este pastel de bote.

LUIS.—(*Sus lamentos se convierten en una risa ácida y gritona.*) Esa tonta de princesa se va a quedar chasqueada. Al presente, por la mano del diablo, la nación es autosuficiente. ¡Que rabie y se muerda la trompa el rey de Versalles! ¡Ja, ja, ja!

GARRAFONA.—¿Ahora te ríes, bobito?

LUIS.—Tú eres la bruja boba, la burra de los tropezones. Todos sois unos majaderos. (*Trasfigurándose entre risas enloquecidas.*) Pues os vais a fastidiar y os voy a hacer el regalo de un rey que tendrá orejas de burro y rabo de zorra. Será renegrado y renegado. ¿Conque soy un rey bobo? No hay diablo bobo y ahora soy un rey de cabras locas, de cerdos de San Antón y de perros de San Roque. (*La cama comienza a evolucionar lentamente, para después adquirir mayor velocidad. En ella van el rey y Saturno a sus pies con el estoque enarbolado.*) ¡Ja, ja, ja! Desjarétalos, Saturno, ensártamelos. Hazlos filetes y chuletas. Anda, que te voy a hacer mi ministro de Carnicería. ¿Conque soy un rey bobo? ¡Ahora veréis! A golpes de bobería os voy a vaciar el mondongo.

SATURNO.—(*Blandiendo el pincho.*) ¡Por España y por el rey! ¡Atrás, camuñeros, bejaranos, cañeteros!

GARRAFONA.—¡Cachuchín, no me atropelles! ¡Saturno, mira que soy tu madrina y te he sonado los mocos cien veces antes de salir a la plaza! ¡Ay, qué pinchazo! ¡Alevoso, ya me has rasgado el trasfollo de la falda!

LUIS.—¡Alimañas, reguero de pecorillas! ¿Quemarme a mí, padre Camaleón? Corramos tras él, Saturno. Córtale un smoking en esos andularios.

CAMALEÓN.—¡Cuidado con la autosuficiencia, señor, frenaos, al menos ante la Iglesia! ¡No os guiéis por las pasiones!

FRASQUITO.—¡No os volquéis contra mi persona, Majestad! ¡Son juicios precipitados!

(*Le acompaña una música vulgar de verbena madrileña o parque de atracciones.*)

SATURNO.—¡Cabuérnigos, coinos, calasparreños, menorquines!

GARRAFONA.—¡Me pagarás esos insultos, Saturno! ¡Tu madre era una mairenera y tu padre un fadriqueño.

(*La cama, vertiginosa, da vueltas por el escenario.*)

SATURNO.—¡Os dejaré sin Trujillo y os machacaré la Vinuesa!

LUIS.—¡Dales en el Castellón y que escarmienten de una vez!

SATURNO.—¡Con la Plana les daré a estos batuecos!

FRASQUITO.—¡Corred, que ese hombre nos Manresa y nos Azagra la Alcarria! ¡Detente por Dios, Saturno!

CAMALEÓN.—¡Por Santa Cruz de Mudela! ¡Este Mataró no para hasta vernos de Hinojosa!

(*El lecho va como loco, con sus cortinas al viento, y semeja una gran carroza de aparato o un retablo de Semana Santa. Todos corren perseguidos por él. Se produce un nuevo trueno cuando el lecho está de espaldas. Cambia la luz. Se escucha el desolado lloro infantil de Tomás, Garrafona, Frasquito y Camaleón han debido quedar atrás y permanecen expectantes, asombrados. Vemos a Saturno retirarse amedrentado. Despacio ahora, el lecho*

vuelve a su frontal posición. Ha desaparecido el rey Luis. En su lugar, encogido contra el respaldo, está el príncipe Tomás. Es un chiquillo canijo de doce años, cotoso y legñoso, con el entrecejo corrido y los pelos en remolino. Sólo lleva un pantalón medio largo, sujeto por un tirante, y una gorrilla sobre el occipucio. Está cubriéndose o parapetándose con las almohadas, sus gemidos van en aumento. Se siente asediado, amenazado. Saca de sus bolsillos un puñado de piedras y amaga con arrojarlas.)

GARRAFONA.—¡Madre de los mil diablos! Ése es el sucesor. ¿Pero dónde ha parado Cachuchín? ¡Ay, mi rey, que te has volado en un trueno! Te ha deshecho este español nuevo paleándote en las entrañas. ¡Perdóname, perdona a la malvada Garrafona! (Tomás la amenaza con una piedra.) ¡Éste parece que ha nacido descontento!

FRASQUITO.—Ha venido con desdicha y se ha cargado el marimonstruo. ¡El rey ha muerto!

CAMALEÓN.—¡Me alegro! Ya era un maldito rey nefando.

FRASQUITO.—Durante una sola noche dos reyes se nos han escabullido de este mundo. Y, ¿qué va a decir la gente si se les cuenta que uno ha muerto de abortón?

(Se escucha la esquila de Liliana, y Tomás le dirige el primer cantazo. La cabra desaparece.)

GARRAFONA.—¡Y viene arrojando piedras! Ha espantado a la Liliana, y cualquiera sabe lo que esa loca puede ir contando por ahí.

FRASQUITO.—Ha salido malcriado y con mucho pelo de la dehesa. ¡Buena ascendencia de Saturno! ¡Maldito chico! ¡Cubrirse, que nos descalabra! (Tomás arroja una piedra a Saturno.) Ahora va contra el putativo.

CAMALEÓN.—Se lo tiene merecido. Ese hijo te repudia, Saturno.

FRASQUITO.—¿De dónde ha sacado esas piedras?

CAMALEÓN.—¡La cantera de la raza! ¡Son piedras de escándalo! ¡No tires más, condenado, o te vas a llevar una somanta!

(Todos se cubren y defienden como pueden.)

GARRAFONA.—Usa de tu autoridad con él, Saturno. ¿Dónde te has dejado los arrestos? ¿O vas a dejar ahora que este rey se te monte en las narices?

(Tomás ha gastado sus proyectiles y vuelve a llorar desconsolado.)

FRASQUITO.—Hay que intentar reducirlo. Ea, chico, no llores más. Eres el rey, ¿no lo sabes?

(Tomás vuelve a rabiar y desgarrá el encaje de las almohadones.)

GARRAFONA.—¡Madre mía, qué salvaje! ¿Por qué te metes con las cosas, Caifás?

TOMÁS.—Porque «na» es mío.

(Tiene una voz ronca y rebelde, una voz amarga y madura.)

FRASQUITO.—(Acercándose a él.) Sí que es tuyo. Todo esto es tuyo.

TOMÁS.—Pues yo no quiero «na».

GARRAFONA.—(Acercándose también.) Ya parece que se calma. Algo querrás. Di, ¿qué quieres?

TOMÁS.—(Llorando todavía en otro registro.) «Na».

GARRAFONA.—Habrás venido cansado. ¿Tienes ganas de dormir?

TOMÁS.—No tengo ganas de «na».

(Vuelve a hacer otro desgarrón.)

CAMALEÓN.—(Aproximándose amenazante.) Entonces, ¿por qué lo rompes todo? Tendrás ganas de romperlo.

TOMÁS.—(Amenazándole a su vez.) Lo rompo sin ganas.

FRASQUITO.—No tengas miedo, Majestad. ¿Cómo te llamas?

TOMÁS.—Me llamo Tomás.

FRASQUITO.—¡Tomás primero!

TOMÁS.—No, primero me llamo Tomás.

GARRAFONA.—¿Tienes hambre?

TOMÁS.—Sí.

GARRAFONA.—Pues, ¡ya está! Tienes ganas de comer. ¿Qué quieres comer?

TOMÁS.—De «to». Pero una cosa de «na», porque a mí no me gusta «na».

(Sigue llorando.)

FRASQUITO.—Haz un milagro, Garrafona, tú que eres la más bruja. Dale algo de comer a este niño. Inventa una cosa fácil y nutritiva. Alguna brujería que le calme el estómago.

GARRAFONA.—¡Ya está! ¿Hay aquí agua?

FRASQUITO.—Una poca queda en el jarro.

GARRAFONA.—¿Y aceite?

CAMALEÓN.—Puede usarse el de aquella lamparilla.

GARRAFONA.—Muy bien. ¿Te gusta el gazpacho? Sabedlo bien, hermanos maléficos, acabo de inventar el gazpacho.

TOMÁS.—¡No! El gazpacho me gusta menos que «na».

(Llora. Desde ahora todas sus respuestas habrán de tener el mismo acento de pena y desdén inconsolables.)

GARRAFONA.—Pues entonces tú dirás qué quieres comer, bandido.

TOMÁS.—Yo quiero comer de balde.

FRASQUITO.—Encima que no quiere nada, lo está pidiendo de balde. Son exigencias de rey.

CAMALEÓN.—Ha venido maleducado y querrá una teta infinita.

GARRAFONA.—Quiere de lo que no hay. Me va a costar buen trabajo reducirle.

CAMALEÓN.—Nada de tomarlo por tuyo, Garrafona. Antes hay que enseñarle a leer en el catecismo.

(Todos se van aproximando poco a poco hasta formar un retablo.)

SATURNO.—¡Alto ahí! ¿Para qué va a aprender a leer si ya sabe hablar? Ha salido listo el niño.

GARRAFONA.—No queremos tu opinión, saltaprados. Tú no tienes dos dedos de frente y yo le puedo educar. Le contaré cuentos de miedo y le vestiré de gitana para entretenerle.

TOMÁS.—Que a mí no me cuenten «na». Yo no me visto de «na».

(Sigue llorando cada vez que responde.)

SATURNO.—¡Te rajo de simetría, brujona! Mejor le educaré yo. ¡También tengo mis derechos! Se viene conmigo al monte y se hará un hombre hasta que le salgan pelos en la lengua.

FRASQUITO.—Se le enredarían las palabras. Más provecho sacaría si yo le tuviese al costado contándole todos los chismes de la barbería hasta que supiese alternar.

CAMALEÓN.—¡Fuera las ciencias mundanas! Mucho más aprendería ayudando a misa. A las misas hay que ayudarlas muchísimo...

GARRAFONA.—Antes habrá que lavarle y borrarle esos churretones. *(Examinándole.)* ¡Ah, qué orejas tan sucias y tan calientes! Este chico está que arde. Son calenturas infernales. ¿Nos habrá nacido enfermo? ¿Lo estás viendo, padre zote? Con tanto de Inquisición este crío nos ha salido ya quemado. No es buen síntoma eso de que no le guste nada.

CAMALEÓN.—¡Bah! Todos los chicos malos tienen calentura por detrás de las orejas.

GARRAFONA.—Entonces se ha de hacer algo por quitarle la melancolía. Al fin y al cabo es el rey. Anda, chiquillo, restriégate esos cristalones de lágrimas y alégrate, que estás en tu patria. *(Comienza una suave música de violines maullantes, con algo de nana-minué.)* ¿Escuchas cómo canta la noche? Son los gatos del cielo y están tocando en tu honor.

TOMÁS.—Que a mí no me toquen «na». *(Llora.)*

(Ahora, bajo la música, cada personaje se levanta a su turno y acciona con una gracia rítmica.)

GARRAFONA.—Mi rey de España, no llores. Aquí han nacido las brujas sólo para divertirme y yo soy una. ¿Me quieres?

Tú puedes volar conmigo montado en un grito e ir derribando las torres a patadas. ¡Uuuuuuh...! (*Gira en redondo.*) Visitaremos todas las bocas del viento.

TOMÁS.—No quiero visitar «na». (*Llora.*)

FRASQUITO.—Pues entonces ven conmigo a la barbería. Allí se canta flamenco y entran a afeitarse los curas y las cupletistas. Da mucho gusto escuchar el ras-rás de la navaja.

TOMÁS.—Eso no es «na» (*Llora.*)

FRASQUITO.—¿Cómo? ¿No es nada que cuentes un chisme en mi barbería y al instante se enteren todos los que no te oigan y te contesten sin esperar a que lo digas? Misterios de la velocidad en las comunicaciones.

TOMÁS.—Como si «na». (*Llora.*)

SATURNO.—Lo que sí es algo es la dehesa, con su yerba seca y tanto bicho torero como se agazapa en ella. Se cazan grillos y langostas, y debajo de las piedras lo mismo puede encontrarse un tesoro que una navaja llena de sangre.

TOMÁS.—¡Casi «na»! (*Llora.*)

CAMALEÓN.—Y en la iglesia se levantan para oler y santificarse la nariz las tapas de los arcones que guardan las casullas. Y se toca la campana cuando se ha muerto una persona y cuando hay boda o sermón. Y el agua bendita está muy fresca los días de calor. No se bebe, pero se mete la mano.

TOMÁS.—Pero no sirve de «na». (*Llora.*)

CAMALEÓN.—Entonces, gurrinche, ¿qué te divierte?

TOMÁS.—A mí no me divierte «na». (*Llora.*)

GARRAFONA.—¿Tienes miedo de nosotros?

TOMÁS.—No tengo miedo de «na». (*Llora.*)

SATURNO.—¡Así me gusta! Éste es un español de cuerpo entero.

FRASQUITO.—De medio cuerpo será, porque es muy chico. Ya me está destemplando el nervio este parvulito, maldita sea su estampa.

GARRAFONA.—¡Atravesado!, así no se puede reinar. ¡nos hemos lucido!

CAMALEÓN.—Otro desaguisado. Y éste es el peor. Nos tará el gallo, saldrá el sol por el Guadarrama a curar cati y nosotros estaremos todavía en estas contemplaciones qué hago yo mañana con un rabo en el confesionario?

(*Los lloros de Tomás van en aumento.*)

GARRAFONA.—¡Ay, qué modo de llorar! Amonéstale, Saturno, dile que le vas a picar el hígado. ¿No lo sabes, desaguisado? Éste es tu chache y tiene todos los derechos para comer.

SATURNO.—Descastado, mal patriota, si no te callas te voy a meter en un barril de aceitunas. ¿No te importa que te zurre el cuero?

TOMÁS.—A mí no me importa «na». (*Llora.*)

GARRAFONA.—¿Que no te importa? ¡Deslenguado! Si yo fuera bruja, también puedo chuparte la sangre y volverme más fuerte de lo que soy. Me salen alas de cuervo y bigotes de alabastro. Y me visto de huevos pódres y me siento encima de hacer jersey.

TOMÁS.—Para «na». (*Llora más fuerte.*)

FRASQUITO.—¡Estoico! Te voy a pegar el tifus con la brocha de barbero y te voy a poner ladillas en las niñas de los ojos.

CAMALEÓN.—Como sigas llorando con esa voz de becerra me meto la cabeza en la Inquisición mecánica. Los herejes entran por una parte y salen purificados por la otra.

FRASQUITO.—¡Je! ¡Je! ¿No te hace temblar? ¿Y cómo se te va después, padre Camaleón?

CAMALEÓN.—Sin salir. Se quedan dentro completamente convertidos en alabanzas a la técnica. ¿No tienes miedo de la muerte?

TOMÁS.—La muerte no es «na». (*Llora mucho más fuerte.*)

GARRAFONA.—Aprende, Camaleón, de este fraile renco y ciente.

FRASQUITO.—Calla, bocina de juicio. No llores o te acogeré.

CAMALEÓN.—¡Condenado llorón, desganado, presumido!

GARRAFONA.—¡Insolente, indiferente!

SATURNO.—¡Panoli, bobalicón!

CAMALEÓN.—¡Pobretero, manumiso!

GARRAFONA.—¡Libertino, relajado!

(Todos se echan sobre él con tal de hacerle callar. Entre truenos y relámpagos rápidos, con movimientos cinéticos, le cubren y ahogan con las almohadas. El montón de brujos lucha fantástico sobre la cama. Tras un oscuro muy breve vuelve la luz en calma. Silencio. Todos rodean presionando el cúmulo de almohadas. Cuadro durante la pausa, mientras aumenta la luz. Se escuchan unos golpes en la puerta. Los tres brujos se separan y ponen un dedo sobre los labios en actitud de silencio. Así permanecen hasta el final. Vuelven a llamar. Luis III saca la cabeza tranquila de entre las almohadas asesinas y pregunta.)

LUIS.—¿Quién llama ahora? ¿Quién es? ¿No me dejaréis tranquilo?

(Por un extremo se introduce en vilo la punta de una enorme alabarda.)

VOZ RONCA Y POTENTE DENTRO.—No temáis nada, señor. Soy Tomás, vuestro alabardero. ¿Necesita vuestra alteza de mí? Hace una noche de infierno.

LUIS.—No quiero nada, Tomás. Déjame dormir tranquilo. ¿Hay alguna novedad? ¡Contesta!

VOZ DENTRO.—Señor, se ha volcado el estanque del Retiro y se ha inundado toda la calle de Alcalá.

LUIS.—¡Vaya por Dios? ¿Y se te ha ahogado algún pariente?

VOZ DENTRO.—Ninguno, señor.

LUIS.—Entonces... ¿Te importa mucho el suceso?

VOZ DENTRO.—A decir verdad a Su Alteza, a mí no me importa «na».

(Todos los personajes lanzan una carcajada orgiástica, desenfrenada. Luz deslumbrante. Ataca un bolero muy alegre y todas las figuras avanzan en fila bailando. Gira la cama y cruza la escena Calipigia montada en Liliana, que deja una estela de bengala.)

FIN

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJE

Facultad de Humanidades
UPR-RP